

# opinión

## HACE 25 AÑOS

En el archipiélago de las Malvinas, la aviación argentina destruyó varias fragatas y buques destructores de las fuerzas armadas británicas, causando gran cantidad de bajas.

## La Prensa

FUNDADO EN 1980  
Miembro de la Sociedad Interamericana de Prensa

**PRESIDENTE**  
Fernando Berguido

**PRESIDENTE FUNDADOR**  
I. Roberto Eisenmann Jr.  
**DIRECTORES EMÉRITOS**  
Winston Robles  
Guillermo Sánchez Borbón

**DIRECTORA**  
Siaska Salcedo S.

**SUBDIRECTOR**  
Ricardo Lombana

**EDITORES:**  
Gionela Jordán y Cecilia Fonseca, (Jefas de Información), Rolando Rodríguez B. (Fin de Semana), Lina Vega (Política), Juan Luis Batista (Sociales), Marianella Ferrer (Judiciales), Daniel Rodríguez (Nacionales), Nubia Aparicio (Opinión), Rafael Calvo (Deportes), Tlicia Delgado (Mundo), Marianela Palacios (Negocios), Tamara del Moral (Vivir +), Lourdes de Obaldía (Diseño), Demóstenes Ángel (Fotografía), Yasmina Reyes (Defensora del Lector), Luzmila de Flamarique (Corrección)

**GERENTE GENERAL:** Juan Luis Correa  
**GERENTES:** María E. de García de Paredes (Finanzas), Irma de Real (Comercialización), Juan Carlos Planells (Operaciones), Julio Moltó (Nuevos Medios)

La opinión de **La Prensa** se expresa únicamente en el **HoyxHoy**. Los artículos de opinión así como las caricaturas son responsabilidad exclusiva de sus autores.

**REDACCIÓN:** 221-7515 - **PUBLICIDAD:** 323-7400  
**ADMINISTRACIÓN:** 221-7537 - **SUSCRIPCIONES:** 222-9030 - **SUPLEMENTOS:** 323-7264

[OPINIÓN DE RAC]



## SOBRE LA EVOLUCIÓN BIOLÓGICA.

# Un dinosaurio en mi jardín

Eva Aguilar

Hace unos días, me encontré con la noticia de la inauguración, el próximo 28 de mayo, del Museo de la Creación (*Creation Museum*) en Kentucky (EU), una iniciativa de la asociación Answers in Genesis, que niega la evolución biológica y promueve la filosofía creacionista. Las exhibiciones del museo han sido, por lo tanto, diseñadas siguiendo al pie de la letra la idea de que el hombre y todas las criaturas vivientes fueron creadas por Dios, tal y como lo cuenta la **Biblia**, a la que los creacionistas llaman “el libro de la historia del universo”.

En la noticia, la periodista contaba -no sin cierto dejo de burlona perplejidad-, que los responsables del museo han colocado la figura de un dinosaurio al lado de una figura humana, en franca alusión a que en algún momento de los diez mil años que según los creacionistas tiene la Tierra, estas grandes criaturas convivieron con el ser humano.

Al imaginarme tan descabellada

escena, no pude por menos que echarme a reír. Aunque la **Biblia** no hable de dinosaurios, la evidencia fósil es demasiado rica y ha sido demasiado promocionada como para que los creacionistas se atrevan a negar su existencia. Pero está claro que no saben dónde colocarla.

No encontré en la nota periodística una explicación para la extinción de estas enormes criaturas, pero si la cosa va de echarle imaginación al asunto, entonces debo pensar que como a Noé no le cabían en el arca, se ahogaron durante el diluvio universal.

Quise confirmar. Me fui a la página de internet del museo y allí me encontré, a modo de bienvenida, con un eslogan que ya no me hizo tanta gracia, sino que más bien me pareció aterrador: “Prepárate para creer”... y por ello me cobrarían 20 dólares. En el ciberespacio prometieron explicarme cómo la ciencia confirma lo que dice la **Biblia**, pero los enlaces no funcionan, así es que me quedé sin conocer lo que sin duda es un fantástica explicación.

Ocurrió, sin embargo, que a medida que asimilaba la escena de

la niña con su mascota el dinosaurio, la sonrisa se me iba borrando de la cara. Niños y jóvenes pasarán por este lugar que se vende a sí mismo como un “centro educativo” y su explicación del mundo se verá distorsionada por una mezcla insensata de creencias religiosas y ciencia. ¿Quién le dirá a esos niños que lo más cerca que los humanos hemos estado jamás de un dinosaurio es a través de sus fósiles y gracias a sus descendientes, las aves? ¿Quién les contará que cuando los dinosaurios se extinguieron hace 65 millones de años, los únicos mamíferos que habitaban la Tierra no eran seres humanos sino pequeños roedores que se salvaron de la catástrofe gracias a su capacidad para esconderse bajo tierra?

Estas preocupaciones rondaban por mi cabeza, cuando empecé a preguntarme cuál sería la opinión de Michael Novacek sobre el Museo de la Creación. Novacek no es solo uno de los paleontólogos más reconocidos hoy en día por su trabajo en la búsqueda y análisis de fósiles de dinosaurios, sino que además trabaja en un museo real: el Museo

de Historia Natural de Nueva York.

A Novacek lo encontré, precisamente, en la presentación a la prensa de *Dinosaurs Alive!*, el nuevo documental para formato IMAX de esta institución neoyorquina. Novacek es de hecho uno de los protagonistas de la película, que combina imágenes del trabajo que los “caza dinosaurios” del museo han realizado en el desierto de Gobi (Mongolia) y en Nuevo México durante 17 años, con hermosas animaciones computarizadas de dinosaurios, que nada tienen que pedirle a Steven Spielberg.

No sabía qué esperar. Novacek podía darle importancia al asunto o decirme que el Museo de la Creación no merecía una opinión. Ocurrió lo primero. Los ojos del investigador se tornaron serios y detrás de su barba no apareció el menor rastro de una sonrisa.

“Creo que es muy desafortunado que lugares como ese [el Museo de la Creación] presenten interpretaciones religiosas y filosóficas como si fueran hechos científicos; la religión y la filosofía pueden llevar a la generación de ideas, pero la

ciencia no funciona de esa manera; la ciencia trabaja con hechos comprobados por hechos. Por lo que querer hacer pasar un lugar como ese por un museo de ciencia es una forma de engañar al público”, contestó Novacek.

Más que desafortunado, el Museo de la Creación y todo su contenido es peligroso: no solo desinforma sino que además reafirma la antigua concepción antropocéntrica del universo, en parte culpable de la incapacidad que aún arrastra la raza humana de aceptar que el resto de las criaturas vivientes no están en la Tierra para servirle, sino que todos formamos parte de una compleja cadena de vida en la que dependemos de los demás.

Por eso, si alguna vez tengo la fortuna de encontrar un dinosaurio en mi jardín, ojalá sea el fósil de un gracioso oviraptor, que pueda seguir contándose la historia de esta Tierra vieja y llena de anécdotas a la que los humanos fuimos los últimos en llegar.

La autora es periodista

## ESCAN DINAVIA.

# Entérese del movimiento ‘Slow food, slow life’

Beatriz Valdés

Un amigo nos remitió los comentarios que a su vez le había enviado un colega ubicado, por asuntos de trabajo, en un país escandinavo. Afortunadamente, su corresponsal tiene talento, y enterarnos de las novedades que en esas tierras encontré fue tan ameno e informativo que invito a las siguientes reflexiones.

Una de las curiosidades asombrosas en Escandinavia es la existencia de una cadena de restaurantes de *slow food*, desafío a la filosofía gastronómica norteamericana que generó el tipo de servicio alimentario caracterizado por la rapidez con que se llena el pedido y se lleva el mordisco, eso sí, lleno de sabor, a la boca.

En Estados Unidos, los restaurantes que dispensan *fast food* nacieron y prosperaron porque respondían a una necesidad: la de convertir la

hora del almuerzo en una parada rápida, satisfactoria, económica y cercana al trabajo.

Los *fast food*, que echaron sus vistosas raíces en las esquinas más activas de cada ciudad, fueron un alivio para las familias norteamericanas donde las amas de casa comenzaban a salir a trabajar para contribuir a una economía familiar cada vez más presionada por necesidades esenciales como educar mejor a los hijos, y también para responder con dinero en mano a las invitaciones que los apremiaban desde las vallas en las carreteras, las páginas de los periódicos, etc., incitándolos con las maravillas que los esperaban en sus *beautiful malls*.

A pesar de convertirse rápidamente en una conveniencia, no sirvieron los *fast food* para disminuir el estrés que parece ser un reflujo inescapable si se quiere vivir en las grandes ciudades. Por el contrario, convirtieron lo que solía ser un

alivio, el alto para comer, reposar y departir con la familia, en una deglución automática, muchas veces de pie y en ambientes ruidosos.

Los *slow food* ofrecen sus alimentos siguiendo aspiraciones diametralmente opuestas a los *fast food*. Allí, alimentarse vuelve a ser un acto civilizado, una oportunidad para aligerar las tensiones, que allá también existen, complaciendo las papilas gustativas sentado ante una mesa bien dispuesta.

Para asegurar el bienestar de los escandinavos cuando se alimentan fuera de casa, las comidas de los *slow food* son cuidadosamente sazonadas, cocidas a fuego lento y acompañadas de una copa de vino, aunque el ritual tenga lugar a las doce del día.

Tan atinados encontraron los escandinavos los restaurantes de *slow food* que, primero, los coronaron de éxito, y poco después, fundaron una agrupación ciudadana llamada *Slow life*.

El mensaje esencial de los *slow food* caló. Prueba de ello es que el creciente número de asociados en el movimiento *Slow life* se defiende de la globalización diciendo NO al comercio mundial que intenta importar a su tierra hábitos que disminuyen la calidad de vida o merman las costumbres civilizadas y placenteras que son producto de muchos siglos de convivencia.

Tan así, que *Slow life* influyó en el fracaso de los plebiscitos celebrados en dos países de Europa donde los ciudadanos rechazaron las normas de una Constitución para la Unión Europea.

Los non-istas franceses, por ejemplo, leyeron la letra menuda de la propuesta constitutiva y se dieron cuenta que aceptarla era decir *oui* al efecto secundario del neoliberalismo; ingresar en la pista de una vida a la carrera.

La riqueza como sinónimo de éxito llegó con la semilla del experimento democrático americano. La misma

ley natural que impele a los seres vivos a encontrar su sitio jerárquico en cualquier agrupación, actuaría en la nueva sociedad. Pero a falta de herencia y sangre, se escalaría gracias al talento y su fruto: el dinero.

Es probable que el rechazo a la globalización que se manifiesta en varios países de nuestra propia región tenga, además de motivos de orden político y económico, una preocupación cultural similar a la de los escandinavos: el temor a verse inducidos a desgastarse sólo para para ganar monedas.

Saludo a los lejanos hermanos de Escandinavia y alzo mi copa porque se propague el éxito de *slow food* y *Slow life*. Y que los ratos de solaz que recuperemos sirvan para llenar nuestras vidas de verdaderos agradados: buena conversación, acercamiento al arte y sobre todo, buenas lecturas.

La autora es comunicadora social y escritora